

Guía práctica antes de tener un perro

Hocicos Dulces · 21 apartados

La raza orienta, pero no determina. Estos nueve apartados valen para cualquier perro que entre por tu puerta, sea de raza o mestizo. Cada uno está desarrollado con lo que de verdad hace falta saber antes de decidirse.

1. Es un compromiso de 10 a 15 años

La media de vida de un perro supera la década. Piensa dónde estarás y cómo será tu vida dentro de diez años, no solo mañana.

La cifra real. Un perro pequeño vive de media entre 13 y 16 años; uno mediano, entre 11 y 14; uno grande, entre 9 y 12; y un gigante, entre 6 y 10. Esto significa que si adoptas un Yorkshire con 25 años, lo más probable es que siga contigo cuando tengas 40. No es una mascota: es un miembro de la casa durante una etapa entera de tu vida.

Las preguntas incómodas. Antes de decidir, respóndete con sinceridad: ¿voy a mudarme?, ¿el sitio al que vaya admite perros?, ¿puedo cambiar de ciudad o de país por trabajo?, ¿voy a tener hijos?, ¿quién se queda con él si me pongo enfermo? Ninguna de estas respuestas descalifica, pero todas necesitan un plan.

Vacaciones y ausencias. Cada viaje que hagas tendrá que contar con él. O viaja contigo (cada vez más alojamientos lo permiten), o se queda con alguien de confianza, o va a una residencia canina, que en España ronda los 15 a 30 € por día. Súmalo al presupuesto anual: dos semanas de residencia son entre 200 y 400 €.

La última etapa. Los últimos dos o tres años suelen ser los más exigentes: revisiones más frecuentes, medicación crónica, movilidad reducida, a veces incontinencia. Es la parte de la que nadie habla y la que más abandonos provoca. Asúmela desde el principio.

En resumen: Si no puedes responder con claridad dónde vas a estar dentro de diez años, plantéate primero una casa de acogida: das techo unas semanas y la asociación cubre los gastos.

2. El coste real no es el cachorro

Pienso, vacunas, desparasitación, seguro, peluquería y urgencias. Un perro mediano cuesta entre 700 y 1.500 € al año.

El primer año siempre es el más caro. Además del gasto corriente, el primer año suma la primovacunación completa (entre 100 y 180 €), la esterilización (de 200 a 500 € según tamaño y sexo), el microchip y el registro (entre 40 y 70 €), y el equipo inicial: cama, transportín, comedero, correa, arnés y juguetes, que rara vez baja de 150 €.

El gasto que se repite cada año. La alimentación es la partida mayor y depende del tamaño: de unos 250 € al año en un perro toy a más de 900 € en un gigante. A eso se añaden la revisión anual con vacunas de recuerdo (60-120 €), los antiparasitarios internos y externos (100-200 €) y, si la raza lo pide, la peluquería, que a 45-70 € cada seis u ocho semanas suma entre 300 y 600 € anuales.

Lo que nadie presupuesta. Las urgencias. Una torsión gástrica operada ronda los 1.500 a 3.000 €. Una rotura de ligamento cruzado, entre 1.200 y 2.500 € por rodilla. Un tratamiento oncológico puede irse a varios miles. El seguro de salud canino cuesta entre 15 y 40 € al mes y no cubre lo preexistente, así que si lo contratas, hazlo pronto.

El seguro obligatorio. La responsabilidad civil es obligatoria en varias comunidades autónomas para cualquier perro, y en toda España para las razas catalogadas como potencialmente peligrosas. Son entre 40 y 90 € al año y cubre los daños que tu perro cause a terceros.

En resumen: Calcula el coste con la raza concreta que te interesa: en la ficha de cada una damos una estimación anual basada en su tamaño y en sus necesidades de aseo y salud.

3. Cansar la cabeza vale más que correr

Quince minutos de olfato cansan más que una hora de pelota. Los juegos de búsqueda son el mejor antídoto contra el aburrimiento.

Por qué la pelota no soluciona nada. Lanzar la pelota una y otra vez pone al perro en un estado de excitación alta y repetitiva. Lo agota físicamente, pero lo deja mentalmente activado y, con el tiempo, puede volverlo obsesivo. Un perro que solo corre acaba teniendo más resistencia y la misma ansiedad.

El olfato es el interruptor. Olfatear baja las pulsaciones y el nivel de estrés. Un paseo en el que le dejas parar y oler cansa más que uno el doble de largo tirando de la correa. En casa, esparcir el pienso por una alfombra olfativa, esconder premios por las habitaciones o dejarle buscar un juguete concreto son quince minutos que valen por una hora de carrera.

Ideas que funcionan. Juguetes dispensadores para que trabaje por su comida. Enseñarle el nombre de sus juguetes y pedirselos. Cajas de cartón con premios dentro para que las destruya. Rutas nuevas, aunque sean del mismo barrio. Y cursos de obediencia o de rastreo, que además refuerzan vuestra relación.

Señales de que le falta cabeza. Destroza cuando te vas, ladra sin motivo aparente, persigue sombras o luces, se muerde las patas, no para quieto en casa por mucho que salga. Antes de pensar en un problema de conducta, revisa cuánta estimulación mental está recibiendo.

En resumen: En la ficha de cada raza indicamos el ejercicio diario recomendado, pero la cifra es solo la mitad: la otra mitad es qué haces durante ese rato.

4. Socializa antes de las 16 semanas

Esa ventana define el perro adulto que tendrás. Personas, superficies, ruidos, coches y otros animales, siempre en positivo.

La ventana se cierra. Entre las 3 y las 16 semanas el cachorro acepta como normal casi todo lo que conoce. Pasado ese periodo, lo nuevo pasa a ser sospechoso por defecto. No es que después no se pueda trabajar (se puede, y mucho), pero cuesta meses lo que antes costaba una tarde.

Qué hay que presentarle. Personas de todo tipo: niños, ancianos, gente con barba, con gorra, con paraguas, en silla de ruedas. Superficies: césped, arena, rejilla, metal, suelo resbaladizo, escaleras. Ruidos: tráfico, obras, aspiradora, petardos grabados a bajo volumen. Y manipulación: orejas, patas, boca, cepillo, cortaúñas.

En positivo y sin forzar. Socializar no es exponer, es asociar. Si el cachorro se asusta de una moto y tú lo acercas a la fuerza, aprendes a que las motos dan miedo. Lo correcto es mantener la distancia a la que está cómodo, premiar la calma y acercarse solo cuando él quiera. Un mal encuentro puede costar meses de trabajo.

El dilema de las vacunas. Hay quien no saca al cachorro hasta completar la pauta, a las 16 semanas, justo cuando se cierra la ventana. La recomendación actual de la mayoría de veterinarios de conducta es sacarlo antes evitando zonas de riesgo: en brazos por la calle, en casas de amigos con perros vacunados, en clases de socialización controladas.

En resumen: Si adoptas un adulto ya formado, esta ventana está cerrada: trabaja con un educador en positivo y ten paciencia, pero sabe que el carácter que ves es bastante el que tendrás.

5. Elige bien de dónde viene

Un criador serio enseña a la madre, el entorno y las pruebas de salud. Y antes de comprar, mira en las protectoras.

Señales de un criador serio. Te deja ver dónde viven los perros, no solo al cachorro. Te enseña a la madre y te habla del padre. Tiene pruebas de salud de los progenitores según la raza: radiografías de cadera y codo, pruebas oculares, test genéticos. No entrega antes de las 8 semanas. Te hace preguntas a ti, y muchas. Y se ofrece a recuperar al perro si algún día no puedes tenerlo.

Señales de alarma. Te cita en un parking o te lo lleva a casa. Tiene varias razas distintas disponibles siempre. Acepta el pago por adelantado sin contrato. No te deja ver a la madre, o la madre está esquelética y asustada. Ofrece ☐descuento por llevarte dos☐. Y sobre todo: tiene cachorros disponibles de inmediato,

cuando un criador serio suele tener lista de espera.

La opción de la protectora. Casi un tercio de los perros que entran en protectoras españolas son de raza o cruces muy reconocibles. Existen además rescates especializados en una sola raza, que la conocen a fondo y te dirán con franqueza si encaja contigo. El perro suele llegar ya esterilizado, vacunado, con microchip y con su carácter conocido por la casa de acogida.

Adulto en vez de cachorro. Un adulto ya tiene el carácter formado: sabes si es tranquilo, si se lleva con gatos, si aguanta solo. Con un cachorro todo eso es una apuesta. Además te ahorras la etapa de mordisqueos, noches en vela y educación básica, que son unos meses exigentes.

En resumen: En nuestra guía de adopción tienes los centros de acogida de las 52 provincias y los rescates especializados por raza, con los enlaces comprobados uno a uno.

6. Cuidado con las razas de cara chata

Bulldogs, carlinos o boxers no regulan bien la temperatura. Nunca los ejercites con calor y usa arnés en vez de collar.

Qué significa braquicéfalo. Son las razas de hocico aplastado: bulldog francés e inglés, carlino, boxer, pekinés, shih tzu, bóxer, cavalier. La selección estética les ha acortado el hueso del hocico pero no los tejidos blandos, que siguen ocupando el mismo espacio en menos sitio. El resultado es una vía respiratoria parcialmente obstruida de forma permanente.

El golpe de calor. Los perros se refrigeran jadeando, y un braquicéfalo jadea mal. Por encima de 25 °C con humedad ya están en riesgo, y un golpe de calor puede matar en minutos. Nunca los saques en las horas centrales en verano, nunca los dejes en un coche ni un instante, y ten cuidado con los viajes en avión: varias aerolíneas no los aceptan en bodega precisamente por esto.

Arnés, nunca collar. La presión del collar sobre una tráquea ya comprometida agrava la dificultad respiratoria y puede provocar colapso traqueal. El arnés reparte la fuerza sobre el pecho. Esto vale para todos los braquicéfalos y también para las razas toy de tráquea frágil, como el yorkshire o el pomerania.

Qué mirar antes de comprar. Escucha al cachorro respirar en reposo: no debería roncar ni hacer ruido. Pídele al criador los resultados del test de tolerancia al ejercicio, que ya se hace en varios países. Y desconfía de los ejemplares con el hocico más extremo: cuanto más ☐achatado☐, más problemas.

En resumen: No son razas que haya que descartar, pero sí que exigen asumir un cuidado extra y un gasto veterinario más alto durante toda su vida.

7. El cachorro gigante no debe saltar

En razas grandes, evita saltos, escaleras y carreras largas antes de los 15 a 18 meses: las placas de crecimiento siguen abiertas.

Qué son las placas de crecimiento. Son zonas de cartílago en los extremos de los huesos largos, por donde el hueso se alarga. Mientras están abiertas son mucho más blandas que el hueso y se lesionan con facilidad. Se cierran entre los 8 y los 11 meses en razas pequeñas, pero hasta los 18 o incluso 24 meses en gigantes como el gran danés o el mastín.

Qué evitar mientras tanto. Saltos desde altura, incluido bajar del sofá o del coche. Escaleras a diario, sobre todo hacia abajo. Correr junto a la bicicleta o en carreras largas. Juegos de frenadas y giros bruscos. Y suelos resbaladizos: una alfombra en los pasillos ahorra muchos disgustos.

Qué sí conviene. Paseos tranquilos y frecuentes, mejor varios cortos que uno largo. Una regla orientativa muy usada es cinco minutos de paseo por cada mes de edad, dos veces al día. Nadar, si le gusta, es el mejor ejercicio a esta edad: trabaja todo el cuerpo sin impacto.

La comida también cuenta. Un cachorro de raza grande no debe crecer deprisa: el sobrepeso y el exceso de calcio en esta etapa se asocian a displasia y a problemas articulares. Usa un pienso específico de razas grandes, que está formulado para un crecimiento más lento y controlado, y mantenlo delgado.

En resumen: La ficha de cada raza indica su tamaño. Si es grande o gigante, cuenta con año y medio de manejo cuidadoso antes de poder hacer deporte con él.

8. La delgadez alarga la vida

Un perro en su peso vive de media dos años más. Deberías notarle las costillas sin apretar y verle cintura desde arriba.

El dato. El estudio más citado siguió a 48 labradores hermanos durante toda su vida: la mitad comió a voluntad y la otra mitad un 25 % menos. Los delgados vivieron de media 1,8 años más y desarrollaron artrosis mucho más tarde. Es probablemente lo más barato y lo más eficaz que puedes hacer por tu perro.

Cómo saber si está en su peso. Pásale la mano por el costado sin apretar: deberías notar las costillas como notas los nudillos del dorso de tu mano. Míralo desde arriba: debe verse una cintura marcada detrás de las costillas. Y de perfil: la barriga debe subir hacia atrás, no ir recta. Si dudas, tu veterinario puede puntuarlo del 1 al 9.

Los errores habituales. Medir la comida a ojo en vez de con báscula. Seguir la cantidad del saco, que suele sobrestimar. No descontar los premios del adiestramiento, que pueden ser el 20 % de la ingesta diaria. Y las sobras: un trozo de queso para un perro de 10 kg equivale, en proporción, a una hamburguesa entera para una persona.

Razas especialmente propensas. Labrador (tiene una mutación genética real del gen POMC que le impide sentirse saciado), beagle, carlino, bulldog, cocker, teckel y basset. En estas razas el control del peso no es

una recomendación: es la principal medida de salud.

En resumen: En la ficha de cada raza puedes ver su rango de peso ideal y si tiene tendencia a la obesidad.

9. Consulta la normativa de tu zona

Algunas razas están catalogadas como potencialmente peligrosas en España y requieren licencia, seguro y bozal en vía pública.

Qué exige el catálogo PPP. Las razas catalogadas como potencialmente peligrosas requieren licencia administrativa del ayuntamiento, seguro de responsabilidad civil, certificado de capacidad física y psicológica, certificado de antecedentes penales, y llevar bozal y correa no extensible de menos de dos metros en vía pública. La licencia se renueva cada cinco años.

Qué razas entran. El listado estatal incluye el pit bull terrier, el staffordshire bull terrier, el american staffordshire terrier, el rottweiler, el dogo argentino, el fila brasileño, el tosa inu y el akita inu. Cada comunidad autónoma puede ampliarlo, y algunas lo hacen: consulta siempre la normativa de la tuya y la ordenanza de tu municipio.

Obligaciones que valen para cualquier perro. Microchip e inscripción en el registro de animales de compañía. Vacunación antirrábica, obligatoria en casi toda España. Recoger los excrementos. Y desde la Ley de Bienestar Animal de 2023, no dejarlo solo más de 24 horas seguidas y no dejarlo en un vehículo en condiciones que comprometan su bienestar.

Viajar por España y por Europa. Dentro de España basta con la cartilla en regla y el microchip. Para salir a otro país de la Unión Europea necesitas el pasaporte europeo para animales de compañía, con la antirrábica vigente y puesta con al menos 21 días de antelación. Algunos países exigen además tratamiento contra la equinocosis.

En resumen: La normativa cambia por comunidad y por municipio. Antes de decidirte por una raza catalogada, llama a tu ayuntamiento y pregunta qué te van a pedir exactamente.

10. ¿Cachorro o adulto?

Con un cachorro compras potencial y trabajo; con un adulto, un carácter ya formado. La mayoría de la gente elegiría mejor si supiera esto.

Lo que de verdad cuesta un cachorro. Los tres primeros meses son noches sin dormir, mordiscos a todo lo que hay a un metro del suelo, pipís cada dos horas y una ventana de socialización que se cierra a las dieciséis semanas y no vuelve a abrirse. A eso hay que sumarle la primovacunación, la esterilización y, si se hace bien, un educador. Nada de eso es negociable: lo que no se trabaja en ese trimestre se paga durante

doce años.

Lo que ganas con un adulto. Sabes lo que te llevas. Sabes su tamaño definitivo, si ladra, si tira de la correa, si se lleva con gatos, si aguanta solo y cómo reacciona ante un niño. En una protectora seria te lo cuentan porque lo han visto, y muchas hacen acogida previa para que lo compruebes en tu casa. Suelen venir esterilizados, vacunados y con chip.

El mito de que un adulto no se adapta. Se adapta, y más rápido de lo que se cree: la mayoría se instala en dos o tres semanas. Lo que sí necesita es tiempo y previsibilidad, no presión. La llamada regla del 3 (tres días de susto, tres semanas para coger rutina, tres meses para ser él mismo) es orientativa pero describe bastante bien lo que pasa.

Y el senior, que casi nadie mira. Un perro de ocho o nueve años es el que más tiempo pasa en la protectora y el que menos cambia tu vida: duerme, pasea tranquilo y agradece. Sabes exactamente su carácter y sus achaques. Lo que asumes es que el tiempo juntos será más corto y la factura del veterinario, más alta.

En resumen: Si es tu primer perro, trabajas fuera o tienes niños pequeños, un adulto de carácter conocido es casi siempre mejor decisión que un cachorro. El cachorro es para quien tiene tiempo ahora, no para quien lo tendrá.

11. Los primeros días en casa

La primera semana marca el resto. Menos estímulos, más rutina y menos visitas de las que te apetecerán.

Antes de que llegue. Decide dónde va a dormir, dónde va a comer y por dónde va a salir, y no lo cambies después. Retira de su alcance cables, productos de limpieza y plantas tóxicas (potos, adelfa, flor de pascua). Ten ya el pienso que comía antes: cambiarle la comida el mismo día de la mudanza es la receta para una diarrea.

Los tres primeros días: aburrimiento. Es contraintuitivo, pero lo mejor que puedes hacer es casi nada. Nada de visitas, nada de parque de perros, nada de pasearlo cuatro horas para que se canse. Un perro recién llegado está en alerta, y el exceso de estímulos retrasa que baje. Paseos cortos, casa tranquila y dejarle que te busque él.

La primera noche. Va a llorar, y no pasa nada. Si duerme solo, ponlo cerca de ti los primeros días y ve alejando la cama poco a poco; si entra al dormitorio, que sea porque lo has decidido, no porque cediste a las tres de la mañana. Lo que no funciona es alternar: un día sí y otro no es lo único que garantiza semanas de llanto.

Enseñarle a estar solo desde el primer día. Parece cruel y es justo lo contrario. Empieza saliendo dos minutos y vuelve sin saludar; sube a cinco, a quince, a una hora. Un perro al que nunca dejas solo la primera semana porque estás de vacaciones es un perro con ansiedad por separación a la segunda, cuando vuelves al trabajo.

En resumen: Menos de lo que te apetece hacer. Rutina fija, pocos estímulos, cero visitas y ensayar la soledad desde el primer día, aunque estés en casa.

12. Qué darle de comer

La etiqueta importa más que la marca, la cantidad más que el tipo, y el sobrepeso le quita dos años de vida.

Cómo se lee una etiqueta. Los ingredientes van por peso, así que mira los tres primeros. Que aparezca una fuente de proteína concreta (pollo, salmón, cordero) y no solo subproductos o cereales. Desconfía del reclamo publicitario de la bolsa y fíjate en la tabla de composición analítica: proteína, grasa, fibra y ceniza. Un pienso barato con el primer ingrediente en cereal sale caro en veterinario.

Cuánto, que es lo que casi todos fallan. La tabla del saco es orientativa y suele quedarse larga, porque está calculada para un perro entero y activo. Pesa la ración con una báscula de cocina, no con un vaso, y ajústala cada mes mirando al perro, no al número: deberías notarle las costillas al pasar la mano sin tener que apretar, y verle cintura desde arriba.

Pienso, comida húmeda, BARF. El pienso de calidad es lo más sencillo, lo más barato y lo que más fácil es de dosificar. El húmedo aporta hidratación y gusta más, pero cuesta el triple y ensucia más los dientes. La dieta cruda puede funcionar, pero mal formulada desequilibra el calcio y el fósforo y conlleva riesgo bacteriano: si la eliges, que la calcule un veterinario nutricionista, no un grupo de redes sociales.

Lo que no puede comer. Chocolate, uva y pasa, cebolla y ajo, xilitol (el edulcorante de los chicles sin azúcar, letal en dosis mínimas), aguacate, macadamia, alcohol y huesos cocinados, que se astillan. El xilitol y la uva son los dos que más gente desconoce y los que más urgencias provocan.

En resumen: Un perro en su peso vive de media dos años más que uno con sobrepeso. Pesar la ración cuesta diez segundos al día y es lo más rentable que vas a hacer por él.

13. Viajar con perro

En coche es obligatorio sujetarlo, en avión depende del tamaño y hay razas que directamente no pueden volar.

En coche, la sujeción es obligatoria. El Reglamento General de Circulación exige que el animal no interfiera en la conducción, y la DGT sanciona por ello. Las opciones que funcionan son el transportín anclado en el maletero, la rejilla separadora o el arnés doble con cinturón. Un perro suelto de veinte kilos a 50 km/h golpea con una fuerza equivalente a media tonelada. Nunca la cabeza fuera de la ventanilla.

Si se marea. Casi siempre es ansiedad más que mareo. Trabájalo al revés: primero subir al coche parado y bajarse, luego arrancar y apagar, luego vueltas a la manzana que terminen en el parque y no en el veterinario. Viaja en ayunas de unas horas y para cada dos. Si aun así vomita, hay medicación, pero pídesela al veterinario.

En avión. Hasta ocho kilos con transportín suele ir en cabina; por encima, en bodega, y cada aerolínea tiene sus reglas y sus cupos. Las razas braquicéfalas (bulldogs, carlinos, boxer) tienen prohibido volar en bodega en la mayoría de compañías porque se asfixian, y eso no es exageración: hay estadísticas de muertes. Reserva con semanas de antelación.

Papeles y fuera de España. Dentro de la Unión Europea hace falta el pasaporte europeo para animales de compañía, microchip y la rabia en vigor, con al menos 21 días desde la primera dosis. Algunos países piden además tratamiento contra echinococcus. Fuera de la UE cambia todo: consulta con meses de margen, porque hay destinos con cuarentena.

En resumen: Sujétalo siempre en el coche: es obligatorio y es lo que evita que un frenazo lo mate a él y a alguien más. Y si tu perro tiene el hocico chato, da por hecho que no va a volar en bodega.

14. Cuando se hace mayor

Un gigante es mayor a los seis años y un toy a los diez. Lo que parece que se está apagando muchas veces tiene tratamiento.

Cuándo empieza la vejez. No hay una edad única: depende del tamaño. Un Gran Danés o un Mastín entran en la recta final sobre los seis años; un mediano, hacia los ocho; un toy puede estar estupendo a los doce. A partir de ese momento conviene pasar de una revisión anual a dos, con analítica de sangre y orina, que es donde se ven los riñones antes de que den la cara.

Lo que no es vejez, es dolor. La frase más repetida en la consulta es que el perro ya no quiere pasear porque está viejo. Casi siempre es artrosis, y la artrosis se trata. Si le cuesta levantarse, evita las escaleras, se queda atrás en el paseo o gruñe cuando lo tocas por detrás, no es carácter: le duele. Hay analgésicos, condroprotectores, fisioterapia y cambios sencillos en casa.

Ajustes que cambian su día a día. Alfombras o pasillos antideslizantes, porque el suelo liso es su peor enemigo. Camas ortopédicas. Comedero elevado si tiene mal el cuello. Rampa para el coche y el sofá. Paseos más cortos y más frecuentes en vez de uno largo. Y las uñas cortas, que si no se desgastan le cambian la pisada y le agravan la cojera.

La cabeza también envejece. Existe el deterioro cognitivo canino y se parece bastante a lo que conoces: se queda mirando a la pared, se pierde en casa, cambia el ciclo de sueño, olvida cosas aprendidas o ya no saluda al llegar. Tiene tratamiento y funciona mejor cuanto antes se empieza, así que no lo dejes pasar como si fuera inevitable.

En resumen: Que un perro mayor deje de querer pasear casi nunca es vejez, es dolor. Y el dolor se trata. Dos revisiones al año a partir de la edad que le toque por tamaño.

15. Razas potencialmente peligrosas

Ocho razas y sus cruces necesitan licencia, seguro y bozal en España. Saber en qué te metes antes evita un disgusto serio.

Qué razas entran. La lista estatal incluye Pit Bull Terrier, Staffordshire Bull Terrier, American Staffordshire Terrier, Rottweiler, Dogo Argentino, Fila Brasileño, Tosa Inu y Akita Inu, más sus cruces. Además, cada comunidad puede ampliarla: en algunas están el Presa Canario, el Ca de Bou o el Dóberman. Y un perro que no sea de ninguna de esas razas puede quedar catalogado igualmente por su morfología o por un informe de conducta.

Qué te van a pedir. Licencia administrativa de tu ayuntamiento, que exige ser mayor de edad, certificado de antecedentes penales, certificado de capacidad física y aptitud psicológica, y un seguro de responsabilidad civil de al menos 120.000 € (algunos municipios piden más). La licencia se renueva cada cinco años. Sin ella, tener el perro ya es infracción.

En la calle. Correa no extensible de menos de dos metros, bozal homologado para su raza y un solo perro potencialmente peligroso por persona adulta. Las multas van de unos cientos de euros a varios miles según la comunidad, y en los casos graves pueden llevar aparejada la retirada del animal.

La parte que nadie cuenta. Estas razas son las que más tiempo pasan en las protectoras precisamente por esto: mucha gente las adopta sin papeles y acaba devolviéndolas. Si estás dispuesto a hacer el trámite, vas a encontrar perros extraordinarios esperando desde hace años. Si no lo estás, elige otra raza: no es un requisito que puedas saltarte.

En resumen: No es solo el bozal: es licencia, antecedentes, psicotécnico y un seguro de 120.000 €, renovable cada cinco años. Llama a tu ayuntamiento antes de decidirte, porque la lista cambia según dónde vivas.

16. La medicina que se hace antes de que pase nada

Vacunas, desparasitación y una revisión al año. Es la parte más barata de la salud de tu perro y la que más disgustos evita.

Las vacunas, y por qué no son todas iguales. Hay un grupo esencial que se pone a todos los perros (moquillo, parvovirus, hepatitis y, en España, la rabia, obligatoria en la mayoría de comunidades) y otro que depende de dónde vivas y de la vida que haga el perro: leptospirosis, tos de las perreras, leishmaniosis. La primovacunación del cachorro son varias dosis entre las seis y las dieciséis semanas, y hasta terminarla no está protegido del todo. Los recuerdos de adulto ya no son automáticamente anuales en todas las vacunas: muchas protegen tres años, y el veterinario decide qué toca cada año según el perro y la normativa de tu comunidad.

Parásitos: los de dentro y los de fuera. Los internos (lombrices, tenias, giardias) se tratan con desparasitación periódica, que en un perro adulto suele ser cada tres o cuatro meses, y más a menudo en

cachorros, en perros que comen del suelo o que conviven con niños pequeños. Los externos (pulgas, garrapatas y el mosquito que transmite la leishmaniosis) se previenen con pipetas, collares o comprimidos, y aquí importa elegir bien: no todos los productos repelen el flebotomo, y ese detalle es el que marca la diferencia en la mayor parte de España. La protección tiene que ser continua: los huecos entre aplicaciones son por donde entra todo.

La revisión anual, que parece un trámite. Una consulta al año con exploración completa, y a partir de los siete u ocho años, analítica de sangre y orina. Suena a gasto innecesario en un perro que está bien, y es justamente al revés: los perros disimulan el malestar hasta que ya no pueden, y la mayoría de las enfermedades crónicas (riñón, hígado, tiroides, corazón) se detectan en una analítica de rutina mucho antes de dar síntomas. Tratar un problema renal detectado a tiempo cambia años de vida; detectarlo cuando el perro deja de comer, casi nunca.

La esterilización, que merece una conversación. No es una decisión automática ni la misma para todos. Elimina el riesgo de piometra, que es una urgencia grave y frecuente en hembras sin esterilizar, y reduce mucho el de tumores mamarios si se hace pronto. En machos previene problemas de próstata y de testículo. A cambio, en razas grandes hacerla demasiado pronto se ha asociado con más problemas articulares y algunos tumores, y hay una tendencia a la ganancia de peso que se corrige ajustando la ración. El momento y la conveniencia dependen del sexo, la raza, el tamaño y tu situación, y esa conversación se tiene con el veterinario, no con el foro.

Lo que se hace en casa y no cuesta nada. Cepillar los dientes, revisar oídos y patas una vez por semana, pasar la mano por todo el cuerpo buscando bultos, mirar el peso con la escala de condición corporal y fijarse en lo que come, bebe y hace. Esos cinco minutos semanales detectan cosas antes que cualquier revisión anual, porque tú lo ves todos los días y el veterinario una vez al año.

En resumen: Vacunación según tu comunidad y tu perro, antiparasitario sin huecos durante todo el año, y una revisión anual con analítica a partir de los siete. Es lo más barato de toda la salud canina y lo que más disgustos ahorra.

17. Lo que de verdad hay que enseñarle

No hacen falta veinte órdenes. Con cinco cosas bien enseñadas se convive perfectamente, y una de ellas puede salvarle la vida.

Las cinco que importan. Que venga cuando lo llamas, que suelte lo que tiene en la boca, que camine sin arrancarte el brazo, que sepa quedarse tranquilo en un sitio y que tolere que lo manipulen. Esas cinco cubren el noventa por ciento de la convivencia y de la seguridad. Dar la pata, hacerse el muerto o dar vueltas son entretenimientos legítimos, pero van después, no antes. Si tu perro solo va a aprender una cosa en su vida, que sea venir cuando lo llamas: es la única que puede evitar que acabe bajo un coche.

Cómo se enseña cualquier cosa. El esquema es siempre el mismo. Se decide qué conducta quieres, se consigue que aparezca (esperando a que ocurra sola o guiándola con comida), se marca justo en el instante

en que sucede y se paga. Se repite en sesiones cortísimas, de dos o tres minutos, varias veces al día. Cuando funciona en casa, se practica en sitios cada vez más difíciles, subiendo de uno en uno: primero el pasillo, luego el portal, luego la calle tranquila, luego el parque. El error casi universal es entrenar solo en el salón y esperar que funcione en mitad de un parque lleno de perros.

Marcar el momento exacto. Un perro asocia lo que hace con lo que pasa en los dos segundos siguientes, así que la precisión importa más que la cantidad de premio. Sirve una palabra corta y siempre la misma, un ☐sí☐ dicho en el instante justo, o un clicker. Eso marca el momento y el premio puede llegar dos segundos después sin perder el vínculo. Premiar tarde es la razón número uno por la que la gente cree que su perro no aprende: aprende, pero no lo que se pretendía.

Qué hacer cuando se equivoca. Nada espectacular. Si no acierta, es que la situación era demasiado difícil: se baja el nivel y se vuelve a intentar. Los castigos añaden miedo y no enseñan la conducta correcta, porque ☐no☐ no es una instrucción. Cuando quieras que deje de hacer algo, la pregunta útil es qué quieres que haga en su lugar: si salta al saludar, enseña que sentarse abre la puerta; si tira de la correa, que la correa floja avanza y la tensa para el paseo. Enseñar la alternativa funciona; prohibir sin alternativa, casi nunca.

Y lo que no es educación. Un perro que no obedece cuando lleva tres días sin salir de verdad no tiene un problema de educación: tiene un problema de necesidades sin cubrir. Antes de entrenar nada, comprueba que hace ejercicio acorde a su raza, que usa el olfato a diario y que duerme lo suficiente. Con eso resuelto, la mitad de lo que parecía desobediencia desaparece sola.

En resumen: Cinco órdenes bien enseñadas valen más que veinte a medias, y la llamada es la que puede salvarle la vida. Sesiones de dos minutos, premio en el instante exacto y subir la dificultad de uno en uno.

18. Elegir veterinario antes de necesitarlo

La peor forma de conocer una clínica es llegar con una urgencia. Qué mirar, qué preguntar y por qué conviene tenerlo resuelto desde el primer día.

Hazlo antes, no después. Busca clínica en cuanto sepas que va a llegar un perro, no cuando pase algo. Una primera visita tranquila, sin nada que hacer, sirve además para que el perro conozca el sitio sin que le duela nada, que es una de las mejores inversiones de socialización que existen: entrar, que le den un premio en la báscula, saludar y volver a casa. Un perro que entra contento a la clínica facilita cualquier exploración futura y ahorra sedaciones.

Qué mirar. Que te expliquen las cosas con claridad y sin prisa, que te den presupuesto por escrito antes de un procedimiento, y que no te hagan sentir mal por preguntar cuánto cuesta. Que tengan un protocolo claro de urgencias fuera de horario, aunque sea derivando a un hospital veinticuatro horas, y que sepas cuál es y dónde está. Que el equipo sea estable, porque un veterinario que conoce a tu perro desde cachorro ve cambios que ningún historial refleja. Y que puedas pedir una segunda opinión sin que se lo tomen mal.

Las preguntas útiles en la primera visita. Qué vacunas recomiendan en tu zona y con qué frecuencia. Qué antiparasitario según dónde vives y qué vida hace el perro. Qué pauta de desparasitación interna. Cuándo plantear la esterilización en tu caso concreto. Qué pruebas conviene hacer y a qué edad según su raza. Y una muy práctica: qué se considera urgencia y a qué teléfono llamar un domingo a las tres de la mañana.

El dinero, hablado a tiempo. La medicina veterinaria no está cubierta por ningún sistema público y los imprevistos son caros. Conviene decidir pronto cómo vas a afrontarlos: un seguro de salud canino, que cuesta entre quince y cuarenta euros al mes y no cubre lo preexistente, así que interesa contratarlo joven; o un fondo propio al que apartes una cantidad fija cada mes. Lo que no funciona es no tener ninguna de las dos cosas y descubrir el problema el día de la urgencia, que es cuando aparecen las decisiones que nadie quiere tomar por dinero.

El historial es tuyo. Guarda copia de la cartilla, de los análisis y de los informes. Si cambias de clínica, puedes pedir tu historial. Y lleva a las consultas lo que hayas observado en casa, con fechas y, si puede ser, vídeos: un perro que cojea en casa casi nunca cojea en la consulta, y ese vídeo de veinte segundos vale más que diez minutos de explicación.

En resumen: Elige clínica antes de necesitarla y llévalo una vez sin que pase nada. Ten claro a qué teléfono llamar un domingo de madrugada y decide pronto cómo vas a pagar un imprevisto: seguro contratado joven o dinero apartado.

19. Convivir con niños y con otros animales

Casi todos los incidentes entre perros y niños son evitables, y casi ninguno ocurre sin aviso. Las reglas que funcionan y las presentaciones que salen bien.

Las tres reglas con niños. Nunca solos en la misma habitación, por bueno que sea el perro y por mayor que sea el niño pequeño. El perro tiene un sitio propio donde nadie le molesta, y cuando está ahí, se le deja. Y al perro no se le abraza por el cuello, no se le monta, no se le despierta y no se le molesta mientras come. Esas tres reglas, aplicadas sin excepciones, evitan la inmensa mayoría de los problemas. Y las tres dependen de los adultos, no del perro ni del niño.

Aprender a leerle. Un perro incómodo avisa mucho antes de gruñir: aparta la mirada, se relame, bosteza fuera de contexto, se queda rígido, enseña el blanco del ojo, se aleja. Enseñar a los niños a reconocer esas señales, y a respetarlas, es más eficaz que cualquier prohibición. Y si un perro gruñe, jamás se le castiga por ello: un gruñido es información valiosa, y un perro al que se le castiga por avisar aprende a no avisar, que es exactamente lo peligroso.

Presentar un perro a otro perro. En territorio neutro, nunca dentro de casa del que ya vive allí. Los dos con correa pero floja, paseando en paralelo a distancia, sin obligarles a saludarse de frente. Si el lenguaje corporal es relajado, se permite un acercamiento breve en curva y se separa antes de que se tense. En casa, al principio cada uno con sus cosas: comederos separados, camas separadas, juguetes recogidos, y ratos de separación con puertas o barreras. La convivencia se construye en semanas, no en una tarde.

Con un gato. Paciencia y arquitectura. El gato necesita rutas de escape en alto y una zona donde el perro no entre, incluidos su comedero y su arenero. Las primeras semanas se hacen con el perro con correa dentro de casa y con intercambio de olores antes de cualquier encuentro visual. Se premia al perro por ignorar al gato, no por mirarlo. Y conviene ser realista: hay razas con un instinto de persecución muy alto en las que la convivencia requiere mucho más trabajo y a veces separación permanente.

Lo que no se improvisa. Si va a llegar un bebé, los cambios de rutina del perro se hacen meses antes, no la semana del parto, para que el bebé no sea el motivo por el que su vida empeora. Y si en algún momento hay gruñidos hacia un niño, rigidez cuando se acerca o el perro empieza a esconderse, eso no se resuelve con paciencia: se llama a un profesional, y mientras tanto se separan físicamente.

En resumen: Nunca solos, un refugio propio para el perro y prohibido molestarle cuando come o duerme. Enséñale al niño a leer las señales, y si el perro gruñe, escúchalo en vez de castigarlo.

20. El día a día realista de un perro

Cuánto tiempo necesita de verdad, cómo repartirlo y por qué media hora de olfato cansa más que una hora de pelota.

El tiempo que hay que contar. Un perro medio necesita entre una hora y media y dos horas al día de atención directa, repartidas: paseos, comidas, juego, cepillado y compañía. Un perro de raza activa puede pedir bastante más, y uno tranquilo algo menos, pero por debajo de una hora larga la convivencia se resiente. Conviene hacer esa cuenta antes de tener perro y con el peor día de tu semana, no con el mejor: si el martes normal no cabe, no cabe.

Paseos que valgan la pena. Tres salidas al día es lo habitual, y al menos una tiene que ser un paseo de verdad, no una bajada de cinco minutos para que haga sus cosas. Y en esos paseos, dejarle oler. El olfato es su forma principal de conocer el mundo y la actividad que más le cansa mentalmente: media hora oliendo tranquilo fatiga más que una hora persiguiendo una pelota, y además baja el nivel de excitación en vez de subirlo. Un paseo en el que se tira todo el rato de la correa para avanzar rápido no es un paseo para el perro, es un traslado.

Cansar la cabeza, no solo las patas. El ejercicio físico intenso y repetitivo puede acabar creando un perro más resistente y más nervioso. Lo que de verdad equilibra es el trabajo mental: esconder comida por casa, juguetes dispensadores, buscar objetos por el nombre, ejercicios de olfato en el jardín o en el salón, sesiones cortas de aprendizaje. Quince minutos de eso al día cambian el ánimo de la mayoría de los perros que llegan a casa por las paredes.

El descanso, que se olvida. Un perro adulto duerme entre doce y catorce horas al día, y un cachorro hasta veinte. Un perro que no descansa lo suficiente (porque la casa es un ir y venir constante, porque no tiene un sitio tranquilo o porque se le estimula todo el rato) acaba sobreexcitado y con peor tolerancia a todo. Tener una zona suya, apartada del paso y donde nadie le moleste, no es un lujo: es parte de sus necesidades básicas.

Rutina sí, rigidez no. A los perros les tranquiliza que las cosas sean previsibles, pero una rutina demasiado rígida crea un perro que no tolera ningún cambio. Lo sano es un marco estable (comidas, paseos, descanso) con variaciones dentro: cambiar de recorrido, salir a horas algo distintas, que unas veces le pasee uno y otras otro. Eso construye un perro adaptable, que es lo que agradecerás el día que haya una mudanza, un viaje o un bebé.

En resumen: Cuenta entre hora y media y dos horas al día, y que al menos un paseo sea de verdad y con tiempo para oler. Quince minutos de olfato o de juegos de cabeza cansan más que correr, y el descanso también es una necesidad.

21. La última parte, que también hay que preparar

Cómo valorar la calidad de vida, qué implica la eutanasia y cómo se acompaña un duelo que mucha gente tiene que pasar en silencio.

Por qué conviene hablarlo antes. Nadie quiere pensar en esto, y por eso las decisiones acaban tomándose de madrugada, con miedo y sin información. Hablarlo antes con el veterinario (cuando el perro está bien o cuando empieza una enfermedad crónica) permite saber qué esperar, qué opciones hay y qué señales indicarían que las cosas han cambiado. No adelanta nada malo: lo que hace es que, llegado el momento, decidas con la cabeza y no solo con el estómago.

Valorar la calidad de vida con criterios. Existen escalas pensadas para esto que ayudan a mirar con algo de distancia: si el dolor se controla, si come y bebe con ganas, si mantiene la higiene, si puede levantarse y moverse, si sigue disfrutando de algo que antes le gustaba, y si tiene más días buenos que malos. Puntuar eso una vez por semana, por escrito, da una tendencia que la memoria no da: uno se acostumbra al deterioro lento y deja de verlo. Y esa tendencia es la información que de verdad ayuda a decidir.

Qué es exactamente la eutanasia. Es un procedimiento indoloro y muy rápido. Habitualmente se sedan primero, de modo que el perro se duerme tranquilo, a veces en brazos de su familia, y después se administra el fármaco que detiene el corazón. Puede hacerse en la clínica o, en muchos sitios, en casa, lo que para un perro con miedo al veterinario es una diferencia enorme. Puedes estar presente o no, y ninguna de las dos opciones es la incorrecta: hay quien necesita acompañar hasta el final y quien no podría, y ambas son formas legítimas de querer.

Después: lo práctico. Hay que decidir qué se hace con el cuerpo, y conviene saberlo antes para no elegirlo llorando en un mostrador. Las opciones habituales son la incineración colectiva o la individual con devolución de cenizas, y los precios varían bastante según la zona y el tamaño. También hay que dar de baja el microchip en el registro de tu comunidad y, si tenía seguro, comunicarlo. Son trámites pequeños que ayudan a cerrar.

El duelo, que es real. Perder a un perro duele como duelen las pérdidas, y mucha gente lo pasa con la sensación añadida de que no tiene derecho a estar así por un animal. Sí lo tiene. Han sido diez o quince años de rutina compartida, y la casa se queda rara. No hay un plazo correcto ni una forma correcta de

llevarlo, y tampoco hay un momento correcto para tener otro perro: hay quien lo necesita pronto y quien no puede pensarlo en meses. Si el duelo se hace muy largo o incapacitante, existe apoyo psicológico especializado en pérdida de animales, y pedirlo no es una exageración.

En resumen: Habla con tu veterinario antes de que llegue el momento y puntúa su calidad de vida por escrito una vez por semana: la costumbre nos ciega al deterioro lento. Y el duelo por un perro es un duelo de verdad, aunque haya quien no lo entienda.

Contenido divulgativo de Hocicos Dulces. No sustituye el criterio de un veterinario ni de un educador canino. Cada perro es un individuo.